

XIX

LOS ÚLTIMOS COMBATES

En dos columnas se retiraron las dispersas secciones que sobrevivieron á los combates del bosque y sus alrededores, uniéndose á las tropas de reserva de Santa Ana, tomando una por la calzada de Belén y la otra por la de la Verónica.

Santa Ana organizó esta retirada, dispuesto á resistir en las garitas occidentales de la ciudad, Belén, San Cosme y la Candelaria, apoyándose en la Ciudadela.

El general Scott había considerado que, dada la condición de nuestras tropas, después del asalto y toma de Chapultepec, debía proseguir sin pérdida de tiempo las operaciones agresivas de sus columnas contra las puertas occidentales de México, embistiéndolas con el mayor brío.

Al efecto, hizo avanzar la columna de Worth hacia el Norte, por las calzadas de la Verónica y San Cosme, en tanto que caía contra el Oriente la columna de Quittman, avanzando por la calzada de Belén. Entre estas garitas y las de Chapultepec había un reducto

sin foso en el puente de los Insurgentes; en la calzada de San Cosme: una obra defensiva — el pequeño fortín de Santo Tomás — y en la calzada que conducía a San Fernando, un pobre parapeto con malas piezas de artillería, contando todos estos puntos con guarniciones escasas, faltas de parque y careciendo de jefes que obraran bajo un plan superior determinado.

No obstante, había tras aquellas fortificaciones, a donde llegaran vencidas las tropas que en la mañana lucharan en el Oeste, ciudadanos y gente del pueblo que se presentaban espontáneamente, dispuestos a defender su honor y su Patria hasta el último trance.

Por su parte, el enemigo siguió avanzando, y la brigada de Worth fué detenida un instante por nuestra caballería, frente a Santo Tomás, verificándose breve, pero encarnizada lucha.

El general Quittman, á su vez, atacó el acueducto de Belén, soltando sus columnas sobre aquella calzada, sostenidas por baterías ligeras.

En las posiciones de la Garita de Romita, mientras la Tlaxpana resistía gallardamente, hubo serios combates; mas por desgracia nuestros ingenieros habían construido trincheras precisamente bajo los arcos de dura mampostería del portalón de entrada, lo que observado por el enemigo, hizo dirigir los fuegos de sus gruesos cañones contra las claves de los tales arcos, produciendo, como era natural, desmoronamientos feroces sobre los mismos defensores, á los que llovían enormes pedruscos, cual copiosa metralla. Bravos jefes, oficiales y soldados cayeron víctimas de la torpeza de nuestros ingenieros, acrecentando la derrota de las mexicanas fuerzas. La Garita tuvo que ser abandonada, replegándose sus tropas á la Ciudadela,

dela, hacia donde el vencedor dirigió sus fuegos bombardeándola furiosamente.

En la garita de San Cosme el combate era también fatal, reinando atroz confusión entre las tropas que ocupaban en torno de la garita, cercas, casas, huertas, potreros y capillas, revolviéndose tras las zanjas, muros y trincheras, jefes, oficiales y soldados de cuerpos de línea y de Guardia Nacional, con paisanos patriotas anhelantes de lucha, deseosos de tener el orgullo de batirse; pero faltos de dirección, y sobre todo, ejecutando sus movimientos sin cohesión ni armonía. ¡Oh, inútil valor!...

La brigada del general Rangel que había estado de reserva desde la mañana, á la derecha de Chapultepec, sostuvo con brío hasta el último extremo, en la tarde, la garita de San Cosme.

El Invasor colocó frente al caserío y obras defensivas de aquella posición, á 200 metros, dos cañones de á veinticuatro y dos obuses de grueso calibre, apoyados por secciones de rifleros hábilmente ocultos, principiando á desmoronar las cercas y paredes. Y, cuando ya fué imposible la defensa, avanzaron impunemente los americanos, desalojando á la fuerza mexicana la cual tuvo que ir á reconcentrarse á su vez, á la Ciudadela.

Todo había sido inútil contra aquel enemigo victorioso, que jamás atacaba sin desorganizar nuestras fuerzas, previamente, y con superior artillería. Y en efecto, sus disparos hicieron infructuosa la carga que intentó la caballería del general Torrejón, antes de que cayera la garita de San Cosme.

El general Santa Ana había intentado dirigir la defensa de San Cosme, y pasaba de una á otra garita,

de uno á otro puesto, tratando de reorganizar la defensa, hasta que, tomadas de flanco las posiciones de San Cosme, perdido el parapeto central, tuvo que dar la orden de concentración general hacia la Ciudadela al expirar la tarde siniestra de aquel 13 de septiembre de 1847!

Momentos después, los enemigos siguieron su movimiento de avance hacia la plazuela de San Fernando, cuyo Convento ocuparon, estableciéndose sólidamente en él, enfilando las calles circunvecinas con baterías respetables que en la noche saludaron amenazadoramente á la ciudad, capital de la extensa República codiciada, con algunas bombas, balas rasas de cañón y salvas de cohetes á la Congreve.

Entretanto, el general Santa Ana, en uno de los salones de la Ciudadela, reunía una Junta de Guerra á la que asistieron generales y jefes de aquel menguado jirón de ejército mexicano, reducido tras de tantos desastres y por tantas miserias, á una impotencia absoluta, enconada siniestramente por todas nuestras rencorosas pasiones políticas que ofuscaron el poder de heroica resistencia de que hubiera sido capaz nuestra Milicia!

En aquella Junta de Guerra vibró el tema solemne de la evacuación de la plaza de México por el Ejército; en ella hablaron exaltadísimos, el general Santa Ana que optó por la salida definitiva y silenciosa de las tropas, y los generales Lombardini, Alcorta y Pérez, apoyando con gran cúmulo de razones esta determinación, y el Gobernador del Estado de México, Francisco Modesto de Olaguibel, quien manifestó que se pensara muy seriamente en el terrible cargo que podría

resultar al jefe del ejército mexicano por el abandono de la Capital, y que por lo tanto, esta cuestión debía resolverse en Palacio con asistencia de Ministros y mayor número de jefes. Por fin triunfó la determinación de Santa Ana, y el Ejército salió aquella noche sigilosamente, compuesto de unos 5,000 infantes y cerca de 4,000 hombres de caballería, intacta ésta, por no haber combatido en toda la campaña.

Así fué cómo el vecindario de México que había dormido en la creencia de que el Ejército defendería la ciudad calle por calle, según la arrogante promesa del general presidente, se encontró en poder del Enemigo invasor, al amanecer del 14 de septiembre.

¡Entonces los mexicanos comprendieron que todo estaba perdido! ¡Era un lóbrego eclipse nacional, oh Patria!

